

## BODAS DE ORO

DE UN PRECLARO SACERDOTE

El señor doctor Francisco Javier Zaldúa cumple hoy cincuenta años de sacerdocio.

Quiso Dios concederle un cúmulo de dones que de ordinario la Providencia reparte entre distintas personas: familia ilustre que contó entre sus miembros muchos varones beneméritos de la Iglesia y de la República; un padre universalmente respetado por su ciencia y su austera probidad, y que mereció sentarse en el solio del Libertador Bolívar; una madre santa, dechado de lo que fueron las damas colombianas en el pasado siglo; clarísimo entendimiento, voluntad eficaz para el bien; entusiasmo, sin el cual ninguna empresa grande puede realizarse; y para colmo de dádivas el supremo dón de la elocuencia.

La madre del futuro apóstol fortificó en su hijo la fe católica, recibida en el bautismo, y le infundió una ardiente devoción filial a la Virgen Santísima. Habría podido él fácilmente aspirar a la más brillante carrera; pero sintió el llamamiento divino a la dolorosa dignidad sacerdotal y, como el Profeta, " eligió ser abyecto en la casa del Señor su Dios más bien que habitar bajo las toldas de los pecadores ». Terminados los estudios secundarios, no quiso beber la ciencia sagrada en arroyo alguno, por puro que fuese, sino ir a la fuente de la verdad, a la ciudad

*u sede il sucesor del maggior Piero*

e ingresó al Colegio Pío-latino americano, dirigido por los padres de la Compañía de Jesús, y cuyos más aventajados alumnos concurren a las aulas de la Universidad Gregoriana. Allí tuvo la fortuna de oír a los insignes catedráticos que enseñaban entonces: Fránzelin, el mayor teólogo del siglo XIX; el amplio y genial moralista Palmieri;

Patrizzi, doctísimo en comentar la Escritura Sagrada. Del papel que desempeñó el seminarista colombiano, del aprecio en que los superiores le tuvieron dá testimonio el hecho de que lo encargaron de pronunciar la oración fúnebre del fundador del Colegio, el ilustre sacerdote chileno monseñor Eizaguirre. Aquel discurso se imprimió en folleto; y los inteligentes admiraron el vuelo del aguilucho al salir por primera vez del nido, y comprendieron cuál sería el ave alipotente cuando, ya adulta, se enseñoreara del aire y del espacio.

Terminados los estudios, ceñida la frente con lauros académicos, recibida la unción sacerdotal en la basílica Lateranense de manos del Cardenal Vicario, se apresuró el doctor Zaldúa a regresar a esta ciudad, donde se había nacido su cuna, y que ha sido, en el orden natural, lo que él ha amado más, después de sus padres y de su patria grande, Colombia. Porque dentro de aquel pecho sacerdotal hierve un corazón de patriota, idólatra de las glorias nacionales, siempre anheloso de la prosperidad de la República. Y el apóstol y el ciudadano se funden en el perfecto caballero, de heredado porte señorial, lo mismo al subir diariamente al altar, que en compañía íntima con sus amigos, que al hallarse alguna vez en elegantes reuniones sociales.

Comenzó, a su arribo, por terminar la restauración de la histórica Capilla del Sagrario, nido de afectos para los católicos bogotanos; nuestro verdadero museo de pintura, como que encierra las obras maestras del inmortal Vásquez y Ceballos. Y se encargó el doctor Zaldúa de la dirección de la venerable y antigua cofradía apellidada *Escuela de Cristo*. Guardo su recuerdo como balsámica memoria de mi primera juventud. Diariamente se congregaban, a puestas del sol, veinte o treinta caballeros, en la iglesia, medio iluminada por la lamparilla litúrgica y por dos mermados cirios del altar. Rezábase a coros el

rosario; luego uno de los concurrentes leía en voz alta un capítulo de algún libro piadoso; el capellán comentaba la lectura en breve plática familiar, y se terminaba con la estación a Nuestro Amo.

A los quince días de estar predicando el doctor Zaldúa, la Capilla se hallaba colmada, y muchos señores tenían que devolverse de la puerta por no hallar sitio en qué colocarse, ni aun de pie. Preciso fue trasladar la Escuela de Cristo a Santo Domingo. Y las amplísimas naves de aquella iglesia se llenaron también; y se cumplieron innúmeras conversiones a la fe y a las buenas costumbres; se revelaron muchas vocaciones sacerdotales; los jóvenes rompieron los valladares de humanos respetos, confesaron sus creencias con la frente levantada, rodearon los altares, empezaron a frecuentar los sacramentos. Aquello fue una resurrección espiritual en masa, un avasallador movimiento hacia la fe y la piedad. Sin él, quizá la transformación de 1886 no habría podido realizarse.

La dirección de la Escuela de Cristo no fue la única de las labores del doctor Zaldúa, quien predicaba en todas las iglesias, pasaba largas horas en el confesonario, leía Escritura Sagrada en el Seminario Conciliar, preparaba a los niños para la primera comunión, administraba a los enfermos, auxiliaba a los moribundos. Y en aquella inolvidable casa del *Dividive*, donde el alma se sentía tan lejos de este mundo, como si hubiera emigrado a otro planeta, daba a menudo, con éxito portentoso, los ejercicios espirituales de San Ignacio.

Con razón la Sede apostólica lo preconizó obispo auxiliar de Medellín, honor que él renunció sin vacilar; el Ilustrísimo señor Arbeláez lo llamó al Capítulo Metropolitano; el insigne Arzobispo Paúl lo encargó de llevarle a León XIII, el Grande, los testimonios de veneración y amor y los valiosos presentes de sus hijos de Colombia,

con ocasión de aquel jubileo sacerdotal que forma época en los fastos de la Iglesia.

Se ha venido hablando en estas líneas de las predicaciones del ilustre sacerdote. Algunas, muy pocas, se han editado por la imprenta. Ya se ha convertido en fastidioso lugar común en mi boca y mi pluma el concepto de que es imposible conocer a un orador por la lectura de sus discursos. Si un crítico inteligente e imparcial hubiera oído al doctor Zaldúa y lo hubiera juzgado conforme a las reglas de los preceptistas, no sé cuál habría sido la sentencia; pero si un orador es el hombre que atrae y congrega las multitudes en derredor suyo, se adueña de ellas, las subyuga\*; las hace pensar lo que él piensa, sentir lo que él está sintiendo, moverse a la acción que él se propone, el doctor Zaldúa no ha tenido rival en Colombia.

Conoce a fondo a fray Luis de Granada, a los grandes maestros del siglo de Luis XIV; está familiarizado con Segneri, quizá rey del púlpito en Italia; y ha navegado en las obras del portugués Vieira, que son un océano de difusión y conceptismo, pero en que se pescan perlas bellísimas, dignas de engastarse en una corona imperial. Tal vez, sin las tendencias jansenistas de Massillon, este orador hubiera sido el modelo preferido del doctor Zaldúa. Acaso el que le dejó más honda huella fue el fervoroso jesuita P. Nanerini, a quien oyó muchas veces, y que fue apellidado por sus contemporáneos *el apóstol de Roma*, como se llamó tres siglos antes a san Felipe de Neri.

En suma, el preclaro orador bogotano podría, por la claridad, el orden, el buen gusto, clasificarse en la escuela francesa; por el calor, el brillo, la declamación, en la escuela italiana; pero su elocuencia no es ni italiana ni francesa: es exclusivamente suya.

\* En una ocasión estaba predicando en la Catedral. En mitad del sermón, el auditorio, olvidando la santidad del lugar en que estaba, prorrumpió en atronador aplauso.

No se ha mencionado todavía en este escrito, porque se dejó intencionalmente para el fin, la más grandiosa de las labores del doctor Zaldúa, la que ha sido forma sustancial, espíritu y vida de todas las demás, la que perdurará en Colombia, Dios mediante, por años y por siglos. El sabio, celoso, piadosísimo sacerdote ha recibido un título, no de las altas autoridades eclesiásticas, no de soberano alguno temporal, sino del pueblo cristiano; título que no trocaría por otro alguno: el de *apóstol de Nuestra Señora del Carmen*.

Anualmente celebra, en la Catedral, la fiesta de la Virgen, durante diez y ocho días consecutivos, y predica todas las tardes ante una muchedumbre inmensa y recogida. En aquellas pláticas es donde encuentra los símiles más interesantes y pintorescos, las frases más tiernas y delicadas; donde brotan a través de los labios, las llamas del amor a María Santísima que le incendian el corazón. El 16 de julio, la Basílica se colma a toda hora de tal modo, que se hace difícil penerar, aunque sea por cortos instantes, a las naves para venerar la linda imagen,alzada sobre una pirámide, coronada de oro y pedrería y circundada de una constelación de luces y un verdadero jardín de flores frescas y aromosas. Del alba al medio día se distribuye la comunión en todos los altares. El año pasado se llegaron a la sagrada mesa catorce mil personas.

De la capital pasó la fiesta a las demás poblaciones del arzobispado, y de allí se extendió a toda la República. No hay una habitación, por mísera que sea, sin una efigie de Nuestra Señora del Carmen, ni iglesia sin un altar dedicado a Ella, ni corazón que no la ame, ni labio que no la invoque. Raros serán los cristianos—sin excluir a muchos que profesan de librepensadores—que no lleven sobre sí el santo escapulario.

He escrito estos renglones, porque en Colombia, donde tanto se honra a los muertos, suelen callarse los mere-

cimientos de los vivos. Proviene muchas veces este silencio de la aprensión de ser tenidos por lisonjeros. Pero en un sacerdote anciano y casi inválido no cabe la lisonja, porque él ya nada tiene que temer, sino del juicio de Dios; nada que esperar, sino de su infinita misericordia. La adulación es aborrecible, por ser una forma de la mentira; la justicia es amable, porque es expresión de la verdad.

Junio 15 de 1928.

R. M. CARRASQUILLA

En la visita que el Capítulo Metropolitano hizo al señor doctor Zaldúa para felicitarlo por su jubileo sacerdotal, el Ilustrísimo monseñor Salustiano Gómez Riaño, deán de la Catedral, le dirigió las siguientes hermosas palabras:

«Muy ilustre señor:

«El Venerable Capítulo Metropolitano, al tener conocimiento de que el día 15 de los corrientes se cumplen cincuenta años de la ordenación sacerdotal de Vuestra Señoría, ha querido celebrar tan fausto y solemne aniversario y juntamente rendirle a Vuestra Señoría público homenaje por sus merecimientos.

«Desde los tiempos en que el Ilustrísimo señor Arbeláez glorificó la Sede Arzobispal de Bogotá con sus virtudes, con su sabiduría y con su martirio, Vuestros Señoría ha sido vivo ejemplo de fervor y celo por la gloria de Dios, por el honor y culto de la Virgen Madre, y por la salvación de las almas. En época de grande aflicción para el pueblo cristiano y para sus pastores, Vuestra Señoría encabezó y dirigió el renacimiento de la fe y de la piedad, y preparó así los días venturosos en que la Iglesia recuperó su soberanía y

su libertad. El dilatado espacio de cincuenta años de vida sacerdotal, lo ha llenado Vuestra Señoría predicando sin cesar y con singular elocuencia la doctrina sagrada, mirando con solicitud y magnificencia por el decoro de la casa de Dios, y, sobre todo, trabajando con el ahinco más pujante y más incontrastable por implantar y extender la devoción a la Virgen del Carmen, que ha llegado a ser, merced a tanto celo, advocación predilecta del pueblo colombiano y fuente de incontables frutos de santificación. Y si no fuera un secreto entre Dios y Vuestra Señoría, habría que mencionar también muchos pecadores convertidos y muchas almas arrebatadas por Vuestra Señoría a la eterna muerte entre las congojas y agonías de la final contienda.

«Para dar gracias a Dios Omnipotente, que así ha querido servirse de Vuestra Señoría para engrandecer su Reino entre los hombres, el Venerable Capítulo Metropolitano hará celebrar el próximo domingo una solemne Misa Pontifical en la Basilica Primada. Renovaremos entonces los votos que hoy hacemos al Altísimo por la salud y conservación de Vuestra Señoría que ha de ver estas festividades jubilares como un reflejo y vestigio de la gloria que Dios le tiene reservada ».

